

96  
239  
P.

RESPUESTAS POPULARES  
A LAS  
**OBJECIONES**

MAS COMUNES CONTRA LA RELIGION

BX1765  
F73  
V.2  
1879

P. SEGUNDO FRANCO, D. C. D. J.  
Y TRADUCIDA POR  
D. JOSE MARIA GABÜLLA

SEXTA EDICION



Biblioteca Universitaria  
Capilla Valenciana



FORO DE ESTUDIOS  
VALLEJO Y TELLEZ

MADRID: 1879  
LIBRERIA DE M. GOMARTE  
MADRID: 1879.—Imp. de D. A. Perez Dubrull; Flor Baja, 22.

44772

RESPUESTAS POPULARES

A LAS

**OBJECIONES MAS COMUNES**

CONTRA LA RELIGION.

CAPÍTULO PRIMERO.

**Ordenes religiosas.**

I. Ociosidad de los religiosos.—II. Ordenes contemplativas.

La vida religiosa es un estado que descansa sobre principios de fé realmente superiores á la naturaleza. Cuando era la fé viva y tales principios se reconocían solemnemente, no tardaban los fieles en levantarse á la altura de aquel estado; áun los que no lo abrazaban comprendían su excelencia y sublimidad. Ahora que la fé se va extinguiendo en muchos corazones, y debilitándose en otros, no es maravilla que pocos lo entiendan y que tantos lo combatan. Mas dejando aparte su intrínseca apología, que no es ocasion de hacer, examinemos sólo algunos axiomas al mismo referentes. Algunos no pueden sufrir á los religiosos porque, á su modo de ver, llevan una vida ociosa; otros porque son una carga para el público, puesto que mendigan; otros porque consumen y no producen, y otros porque fomentan la superstición. Veamos, pues, lo que tienen de razonables estas acusaciones.

I. Antes, empero, de venir á lo particular, pregunto en general: ¿Admitís que la vida religiosa es institucion de Jesucristo establecida en su Iglesia? Los católicos no pueden negarlo. Quiso Jesus

008121

en la Iglesia por El fundada dos caminos para conseguir la salvacion: el uno en que bastase la observancia de los mandamientos divinos, y el otro en que debian cumplirse hasta los consejos de pobreza voluntaria, de castidad perenne, y de perfecta obediencia. Aquel estado es de absoluta necesidad para salvarse: éste de consejo, para conseguir mayor perfeccion. Aquel lo estableció el Redentor cuando dijo: «Si quieres entrar en la vida eterna, cumple los mandamientos.» *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata*; éste, cuando dijo: «Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes; dáselo á los pobres; ven y sígueme.» *Si vis perfectus esse, vade, vende omnia quæ habes, et da pauperibus, et veni, et sequere me*. Todo esto es innegable para nosotros los católicos.

Es de saber ahora que ninguna de las instituciones plantadas por Jesucristo en su Iglesia vendrá jamás á ménos hasta la consumacion de los siglos, porque nadie cambiará lo establecido por El: síguese de ahí que habrá siempre religiosos. Poco importa la regla que tomarán especialmente, los hábitos que se pondrán encima, y el nombre con que se les conocerá: serán religiosos por profesar los consejos evangélicos. Despues de esto pase adelante quien guste, y diga que son útiles ó inútiles, buenos ó malos, necesarios ó innecesarios. Siempre podremos decirles: si Jesus los ha establecido, si los quiere en su Iglesia, y si para el honor de la fé es preciso que haya en ella siempre una profesion tal, ¿quiénes sois vosotros que gritais, que combatis, que desaprobais, que proferís blasfemias, que pretendéis saber mejor que Jesucristo lo que conviene á su Iglesia, y mejor que la Iglesia lo que conviene á los fieles? ¡Oh! ¿No podrá el Señor santificar á sus siervos por las vías que quiera, correspondiendo en adelante á los hijos del siglo enseñar á su Maestra la Iglesia?

Si oyérais á un grupo de soldados disputar sobre el breviario, á una porcion de aldeanos contender sobre astronomía, y á un ciego decidir sobre colores, no contendrías la risa: ¿podeis contenerla cuan-

do un abogado, un economista, un doctor trincha y corta sobre la vida monacal, y sobre lo que conviene ó no para la santificacion de los hombres?

¡Vengamos á los axiomas que vagan por el mundo. Yo no puedo sufrir, dice aquél, la vida ociosa que llevan los religiosos. Esta acusacion puede aplicarse diversamente á los religiosos: en un sentido á los de vida contemplativa, en otro á los de vida de accion, y en otro á los de vida que tiene de la una y de la otra. En todos además se puede reprehender la profesion en sí misma, ó el abuso de algun particular, que no hace aquello á que llamado está por su profesion.

Si se tratase sólo de los últimos, no habria que hacer gran caso, porque tampoco la Iglesia santa está dispuesta á tolerar al que desatiende la profesion que ha escogido, y emplea todos sus esfuerzos para impedir tal ociosidad: sólo quedaria en este caso rogar á los enemigos de los religiosos que hicieran vários favores á la Iglesia.

En primer lugar, que no se mezclasen donde no deben, y, cuando más, que si por aquel celo que les devora, tanto interés tienen en mejorar á los religiosos, se contenten con dirigirse á quien corresponda, para las providencias oportunas. Aun vosotros comprendereis que si por ver un desórden en casa de otro podeis meteros en ella para repararlo, será preciso decir que todos tienen derecho á entrar en todas las casas particulares, en todas las oficinas públicas y en todos los ministerios donde las cosas no vayan bien, y concederlo, por el contrario, á los demás sobre vosotros, para que puedan reformar tambien cuanto os corresponda. Si cada individuo tiene derecho á reformar los frailes, no se comprende por qué cada fraile no ha de tener derecho á reformar á los individuos. Si esto os pareciese demasiado, contentaos entónces con que los religiosos por ahora estén bajo la vigilancia de sus superiores, y sobre todo de la Iglesia.

En segundo lugar, la Iglesia os rogará (siempre por aquel celo que os devora) que no seais los primeros en sobornar á los frailes para conducirlos á

una vida no conveniente á su profesion; que no exalteis á los que, faltando á su deber, se arrojan en medio de los asuntos mundanos ó seculares, y principalmente que no protejais á todo disoluto, á quien quisiera, segun sus cánones, reducir á su deber.

Acaso no sería fuera de propósito pedir á los fervientes enemigos de la ociosidad monástica que guardasen un poco de su celo para otras ociosidades no ménos perniciosas á las sociedades que la de algun fraile ó de alguna religiosa. Que reserven un poco, por ejemplo, para ciertos jovencillos que pasan su vida ocupados en sí mismos todo el día. Que despues de levantarse cerca del mediodía, pasan una hora muy embebidos en ataviarse, pulirse, adornarse y recomponerse; que pasan otra luégo en recibir ó hacer visitas; que, terminada su abundante comida, emplean gran parte de la noche en el teatro, en la tertulia, en el baile y en cosas semejantes, para emprender de nuevo al día siguiente la misma laboriosa ocupacion. Que reserven un poco tambien para ciertas damas que, descuidando toda su familia por completo, tienen la ocupacion gravísima de vestirse y desnudarse cinco veces al día, segun lo requiere la moda de cada uno de los actos de la vida actual. No estaria mal tampoco algo de dicho celo para los empleados que llegan muy tarde á la oficina, y despues de consumir un tiempo desmesurado en naderías, en bagatelas, en leer periódicos y en escribir sus cosas particulares, echan un poco de negro sobre lo blanco, y luégo se van, percibiendo sueldos grandes á cargo del Estado, ó, por mejor decir, de la bolsa de los particulares. Estos y tantos otros ociosos merecerian tambien una chispa de aquel celo que se derrama tan abundantemente sólo sobre los frailes: mas dejemos todos estos abusos, y vengamos á la cuestion.

¿Es ociosa por sí misma la profesion de los religiosos, ó es, por el contrario, ocupadísima? Quien oyese á los enemigos de la Iglesia, no son sino una multitud de vagos que han hallado el secreto de vivir sin cuidarse del mundo; mas quien, dejando

aparte la pasión, razone con los documentos históricos en la mano, dará otra respuesta bien diferente. Si volvemos atrás la vista, los religiosos se nos presentan como los más grandes bienhechores de la humanidad. Si los siglos que llaman medios conservaron alguna civilizacion, debióse á los frailes, que albergáronla en sus monasterios. Ellos salvaron, como saben hoy hasta los niños, las ciencias, las letras y las artes de la antigüedad, con las bibliotecas enteras que trascribieron, con las escuelas que fundaron, y con los estudios que nunca interrumpieron. Y salvaron más que las letras, porque salvaron la religion, la piedad y la virtud, amansando á los bárbaros, desbastándoles, haciéndoles cristianos, y consiguiendo que poco á poco adquiriesen las maneras cultas de que mucho nos vanagloriamos hoy, en el acto mismo en que desconocemos su origen. A la civilizacion moral añadieron la material. Las desiertas llanuras de Alemania, de Francia, de Italia, y de gran parte de la Europa, fueron por ellos desmontadas, secadas, vueltas al buen estado que tenían cuando se las quitó la rapacidad de los herejes ó de los revoltosos. Las tierras más hermosas de los señores ingleses y alemanes son las abadías cultivadas ántes por los religiosos. En tiempo del feudalismo, sólo los frailes refrenaban el despotismo de cien señores, convertidos en verdaderos tiranos. Cuando los municipios, siempre en revuelta, se regian por sí, sólo los frailes calmaban un tanto las disensiones entre los pueblos, y ponian algun remedio á los estragos y á las matanzas de todos los días. Sólo San Benito dió durante algunos siglos á la Iglesia los Pontífices más sábios, á las provincias los Obispos más celosos, á las naciones bárbaras los Apóstoles más ardientes, y al cielo los más grandes Santos. San Francisco y Santo Domingo regeneraron con la santidad de sus ejemplos y con el fervor de sus predicaciones toda la Europa, recorriéndola de ciudad en ciudad, de villa en villa, á semejanza del sol, que todo lo calienta y vigoriza.

No dejan de hacer hoy las Ordenes religiosas lo

que hicieron en las épocas trascurridas. Aun ahora se ocupan de continuo en el púlpito, en confesar, en prevenir, en exhortar y en retraer de las vías lúbricas de la culpa y del desórden al pueblo cristiano. Aun ahora se ocupan en administrarle los auxilios más especiales con sagradas misiones y predicaciones extraordinarias, segun la necesidad de los tiempos y de los sitios. Aun ahora se ocupan en componer obras y escritos de vária utilidad para el pueblo cristiano, ya con el fin de preservarlo del error, ya con el de promover su piedad. Aun ahora subvienen en los hospitales, en las cárceles y en los presidios á todo género de necesidades espirituales y temporales del prójimo.

Diré más: el campo de sus fatigas es más extenso aún de algun siglo á esta parte. Las muchas tierras é islas descubiertas en el siglo xvi exigen un pueblo cabal y legiones completas de hombres apostólicos, que salen generalmente de los claustros religiosos, y que, no ligados á parroquias ni á tierras determinadas, son más libres para correr á los países más salvajes. Desde Lutero en adelante, desordenada en gran parte la Europa, necesita la industria y el cuidado de los religiosos para la salvaguardia del pueblo cristiano. La educacion extravariada necesita sábios directores, y entre los religiosos están los más á propósito, como ha demostrado siempre la experiencia; los vicios que la moderna civilizacion difunde por el pueblo necesitan quien los repare, y los religiosos son precisamente la sal más eficaz al efecto: la disipacion y la ligereza del siglo, todo ceñido á los goces materiales y alejado de Dios, necesitan personas que muestren el ejemplo del retiro y aplaquen al Señor con la oracion.

Alcanzo que al oír esto no pocos se pondrán á hostezar, y que algunos no podrán contener la indignacion. «¿Qué son, exclamarán, éstas que celebráis como ventajas en el siglo xix?» Ciertamente, si yo pudiese presentar á los religiosos como promovedores del comercio, de los caminos de hierro, de las máquinas de vapor, de los telégrafos, de los

pasatiempos y de las diversiones, el mundo estaria más dispuesto á presentar buena cara y reconciliarse con ellos: mas aún sin esto puede descubrirse que sirven de algo. Si es verdad que los hombres viven sobre la tierra para conquistarse el cielo con la observancia de la ley evangélica; si es verdad que los hombres tienen un alma inmortal, á la que aguarda una pena ó un premio eterno, segun sus obras; si es verdad que el único medio para huir de la una ó lograr el otro es la práctica de la religion cristiana; si es verdad que reclama esta predicacion, Sacramentos, oracion, fuga del pecado; si es verdad todo lo que ha predicado Jesucristo, enseñado la Iglesia, creído el mundo diez y ocho siglos; más aún: si es verdad que los hombres no son un rebaño de animales que han de revolcarse pocos años por el fango para resolverse despues en la nada; si es verdad todo esto, entónces lo será tambien que los religiosos, que tienen por objeto ayudar á los hombres á alejarse de la vida brutal y acercarse á la divina de Jesucristo, no han perdido su utilidad.

Un hombre comun é ignorante que penetra en un gabinete de física, al ver tantas máquinas reunidas de un modo tan extraño, estará dispuesto á creerlas juguetes hechos por pasatiempo; mas los que conocen el objeto para que sirven y los fines que por medio de ellas se logran, formarán indudablemente otro juicio. Lo mismo se puede decir de ciertos mundanos: han perdido de tal manera todo concepto de la bienaventuranza y de los medios para conseguirla, y está en ellos tan debilitada la fé, por no decir extinguida, que sueltan la carcajada cuando hablar oyen de ella; se consideran sábios aunque no lo sean, y de muy elevado ingenio, porque no comprenden nada de todo lo que se levanta un poco sobre la hediondez de los sentidos y el humo de la cocina: ¿Cómo quereis hablar á tal gente de la pobreza voluntaria, de abnegacion, de sacrificio, de penitencia, de castidad, de celo, de vida religiosa? *Animalis homo non perceptit ea que Dei sunt*: ya la eterna Verdad afirmó que el hombre animal no

alcanza las cosas de Dios. ¿Mas deben por esto cambiar de parecer los que, teniendo en la cabeza y en el corazón vivo el concepto y el amor á la fé, comprenden las ventajas de las fatigas que se toman los religiosos?

II. Pasen aún, dirán algunos, aquellos religiosos que se emplean de cualquier manera en el prójimo: ¿qué decir, empero, de los que, *bajo el nombre de vida contemplativa, pasan los días en el ocio?* ¿Qué decir? No decir nada, y respetar su libertad. Nadie hasta hoy tiene derecho á molestar á un individuo que, viviendo con sus entradas, no quiere ocuparse. Ahora bien. ¿Por qué se habrá de inquietar á unos cuantos hombres que, poniendo en común sus bienes, desean dedicarse á ejercicios ascéticos? ¿Qué mal hacen? ¿Qué derechos violan? Si queréis despojarlos y destruirlos porque su estado os desplace, poneos de acuerdo con vosotros mismos, y pregonad el derecho de confiscar los bienes de los que quieren consumir en la sociedad el tiempo á su modo.

Por lo demás, sabed bien que distan mucho de estar mal ocupados. El hombre se ha hecho también para sus semejantes, y principalmente (notad bien este egoísmo) para sí, para su propia salvación, para conseguir su misma beatitud. Tal es el bienaventurado egoísmo que poco quiere comprender el mundo, pero que fué publicado por Aquel que enseñó *que de nada sirve al hombre conquistar el mundo entero si despues pierde su alma*. Ahora bien. Si el alejamiento del mundo, la fuga de los peligros y la vida retirada en la oración dan confianza á un hombre de poder pasar más fácilmente su vida sin culpa, y de llegar más seguramente al puerto de la salud, ¿no es un motivo bastante para que opte por aquel estado? Se grita libertad, y libertad en todo; se pretenden todas las garantías imaginables en favor de la libertad; se quiere hasta la libertad de conspirar y de proferir blasfemias; todo obstáculo es una cadena que se debe romper; todo vínculo es un yugo que se debe sacudir; ¡y luego se pretende negar á otros el derecho de vivir tranquilos, retira-

dos, inocentes, en la oración y en la soledad! ¡Ah, hipócritas! ¡Ah, prepotentes! Mas ¡oh necios también aquellos católicos que imitan á éstos en el hablar y en el proscribir á los religiosos!

Además, es falso que no proporcionen un beneficio á la sociedad de que se apartan. Porque áun prescindiendo de que viven en el mundo á guisa de aquellas antorchas que iluminan ámpliamente á su alrededor con la luz de sus virtudes, como también de que son á semejanza de un puerto seguro donde se acogen aquellos que han sido arrojados por las tempestades del siglo, importa saber un profundo misterio que los mundanos ignoran en demasía, pero que descubre toda la utilidad de aquéllos. Jesucristo quiso que su Iglesia fuese un cuerpo entre cuyos miembros hubiese una conexión, un vínculo, una dependencia, y poco ménos que una mancomunidad recíproca. No es que la culpa de uno pueda manchar el alma del otro, lo cual sería un error si se dijese, sino que la felicidad temporal, y áun la lluvia más ó ménos copiosa de gracias sobre toda la comunidad, dependiese también de la bondad y de las oraciones de los particulares. Así nos lo enseñan las Santas Escrituras, y lo confirman las historias eclesiásticas. De donde proviene que nada estan útil á una ciudad, á un pueblo ó á una familia como tener algunos de sus individuos singularmente amados del Señor. Por consideración á éstos, Dios es más espléndido de sus gracias con todos los demás, y más misericordioso para diferir las penas merecidas: de aquí que una comunidad consagrada á la oración se convierte con frecuencia en la salvaguardia de todo un pueblo y en el escudo de su seguridad: aplacado Dios por sus oraciones, condona á los demás los castigos que merecen. Puede decirse que de algun modo el retiro de los religiosos compensa las demás disipaciones; sus oraciones, los demás olvidos; sus penitencias, las demás sensualidades; sus ayunos, las demás crápulas; sus devociones, las demás impiedades: de este modo, si no hacen inocentes delante de Dios á los que abandonan á la culpa, impetran tal vez la dilación del cas-

tigo, y gracias más abundantes para su conversión. Ciertamente para encontrar útil todo esto es preciso creer en la comunión de los Santos, en la eficacia de la oración, en el comercio que la tierra tiene con el cielo, en los divinos atributos, en el mérito intrínseco de la profesión religiosa, en el bien sobrenatural de la gracia, en el valor de la penitencia y de la austeridad. Es preciso, en una palabra, ser católico; mas yo aquí no hablo á gentiles, ni á judíos, ni á herejes que desconozcan ó nieguen estas verdades: hablando á católicos, creo les debe parecer bastante claro que no sólo no son vagos los religiosos, áun los de vida contemplativa, sino que son miembros útiles á la sociedad. ¿Lo son igualmente sus detractores? Júzguelo el lector.

[CAPITULO II.

**Prosigue el mismo asunto.**

I. Los religiosos consumen y no producen.—II. Pesan sobre el pueblo.—III. Manos muertas.—IV. Mantienen la superstición.

Los economistas á su vez tienen tambien una piedra que arrojar contra los religiosos. No piensan ellos en la ociosidad, sino en el daño que causan al público, y sobre todo al pueblo, porque, dicen, los religiosos consumen y no producen: son manos muertas que reciben y no vuelven lo que reciben, por lo cual forman un abismo que traga poco á poco todos los bienes particulares. Como para los economistas el comercio es el único bien y todo el bien del mundo, cuando hablan de las manos muertas se indignan, se conmueven, se enfurecen, porque por lo visto no ven sino espectros y vampiros, que con manos largas y peludas se apoderan de los hombres, chupan la sangre de su corazón, y los devoran. ¡Jesus, María! Salvadnos de estas manos, que, si bien muertas, son tan terriblemente rapaces y crueles. A pesar de esto, lectores, calmaos un poco, porque, si Dios ayuda, persuadiremos de que, no sólo no deraman sangre, sino tambien de que no hacen daño alguno.

I. *Los religiosos consumen y no producen.*— Deteneos un poco en esta sublimísima expresión, y aprended una vez la ciencia nueva y profunda de ciertos economistas. Ahora se habla de los hombres como se hablaría de un rebaño de carneros, porque así se discurre de los bueyes, de las terneras, de los caballos y de los jumentos. Ahora se hace el balance de lo que gastan y de lo que vuelven, decidiéndose la ganancia ó la pérdida que sigue de mantenerlos. Este noble lenguaje aplícase al hombre, y la sociedad toda se considera como una gran mana-